

LA CONQUISTA DE AMÉRICA, PROFESIÓN DE ALTO RIESGO

Élmer Pinilla Galvis

Al hacer un balance general de la torrencial bibliografía que se ha publicado desde antes, durante y después de 1992 con motivo de los 500 años del Descubrimiento de América, lo primero que se advierte es que ha habido una intención enfermiza de desacreditar a España y condenar a la Iglesia. Para lograr ese objetivo, todos los argumentos retóricos han sido válidos. No sólo se ha echado mano de situaciones dolorosamente ciertas pero que, con una ruin desfiguración de la Historia, han sido cruelmente hipertrofiadas, corrompidas y adulteradas para hacerlas ver más graves, sino también de frases de impacto ingeniosamente elaboradas que sólo buscan reacciones emocionales carentes de todo raciocinio en personas incautas o que tienen de la historia de la Conquista un conocimiento bastante precario y por completo distorsionado, pero que son rabiosamente sarcásticas e intencionalmente injuriosas, de donde resulta lastimosamente que, más que España o que la Iglesia, la perjudicada ha sido la Historia.

Semejante actitud malsana, con la que hasta las palabras CELEBRACIÓN y CONMEMORACIÓN fueron duramente estigmatizadas, se encuentra en casi todos los escritos, ensayos, trabajos y libros sobre el tema, en los que los autores vierten con saña todos sus odios y sus venenosas observaciones con tal de obtener el fin deseado. Una buena ilustración se encuentra en los siguientes ejemplos entre los muchos que hay:

En el artículo Los rostros de la soledad, publicado en el Dominical de EL COLOMBIANO del 12 de Octubre de 1992, su autor, Reinaldo Espitaleta, al comentar sobre el arribo de los españoles al Nuevo Mundo, afirma que lo hicieron

"con espadas y crucecitas portadoras del atraso" ;

En el libro CARTA AL REY, de la Editorial CABRA MOCHA, que apareció en 1991, todo un tratado sobre cómo se le falta impunemente al respeto a un personaje de la calidades y cualidades de Su Majestad Don Juan Carlos de Borbón, su autor, Jaime Álvarez Gutiérrez, al referirse a la acción evangelizadora de la iglesia, dice que tal actividad se basó

"en los falsos principios que tan solo (sic) están en la boca apestosa de los misioneros".

Y en su columna CONTRAVÍA del periódico EL TIEMPO de 27-02-2001, bajo el título *Ciencias del malentendido*, el autor, Eduardo Escobar, con un lenguaje representativo y digno de la más pura estirpe nadaísta, se expresa así:

"Lo que llegó a América no fue una comisión de antropólogos de la U. de mochila y tenis, sino una montonera de malparidos sin entrañas resueltos a todo contra el diablo y por la guaca" .

Queda así demostrado que la Historia es una débil e ingenua doncella a la que cualquier rufián se cree con derecho a mancillar.

Sorprende también la usurpación de funciones. Los expertos que contribuyeron con sus aportes en la descripción de los acontecimientos del llamado *encuentro de dos culturas*, creen tener autoridad para interpretar antecedentes, desmitificar y ridiculizar la epopeya, y producir sentencias tan torpes como las anteriormente citadas. En esa forma, los columnistas de los periódicos y de las revistas se volvieron sociólogos; los sociólogos, antropólogos; los antropólogos, historiadores; los historiadores, filósofos y éstos, un poco los demás. Hubo hasta una interpretación marxista-leninista del Descubrimiento con base en problemas agrarios previos en cierta región de España.

Sin excepción alguna, los autores reiteran tenazmente los abusos que conquistadores, colonos, misioneros y aparecidos cometieron con los aborígenes americanos a quienes, por influencia de fray Bartolomé de las Casas, llaman *las mansas ovejas*, hipérbole ésta que es totalmente gratuita e inadecuada porque hace ver a nuestros antepasados indígenas como afectados por una atávica e incurable estulticia. Don Miguel Antonio Caro, en el prólogo a las ELEGÍAS DE VARONES ILUSTRES DE INDIAS (Editorial ABC, Bogotá, 1954), dice:

En la exageración de sus generosos sentimientos, Las Casas pinta a las tribus indígenas con caracteres de mansedumbre de que muchas de ellas carecían. (1)

El propio fray Juan de Castellanos, cronista español y testigo presencial de los hechos, mucho más español que Las Casas, pues éste era de padre francés de apellido Casaus (no se puede olvidar que Francia era entonces enemiga acérrima de España), en sus *Elegías*, pone en boca de fray Pedro de Palencia las amargas quejas por los repetidos asaltos e incendios que los indios *tupes* le causaban a su humilde capilla de Valle de Upar, quejas esas que tienen todos los ribetes de un sarcasmo:

¡Ovejas del obispo de Chiapas, ningún gusto me dan vuestros balidos! (2)

Tampoco parece cierto, como se habla insistentemente, que nuestros antepasados aborígenes tuvieran una supuesta incapacidad física para las tareas de las minas y para las labores de boga y servicio por los ríos de Tierra Firme y de las encomiendas: esta supuesta debilidad tenía como origen esa *malicia indígena* que se les atribuye y se les celebra, porque aquella era una de las maneras que estos tenían de protestar contra los malos tratos y, todavía más, cuando se dieron cuenta de que podían ser reemplazados pronta y masivamente por esclavos negros (3). La superioridad física del esclavo negro se debía, por otra parte, a que estos eran una *mercancía* cara que debía ser cuidada con esmero y la manera de hacerlo era mediante el otorgamiento de buen trato, buena alimentación, buena vivienda y buena salud. En esa forma, los esclavos negros eran más aptos para aquellas faenas, no por raza, sino por todos esos cuidados.

Se protesta insistentemente por el robo con engaño del oro y porque les destruyeron su cultura y les arrebataron sus creencias religiosas. En

cuanto al oro, carecía en absoluto de valor comercial y apenas si tenía un interés puramente ornamental en sus personas y en sus ídolos animales, y, además, era portado con suma displicencia. Cristóbal Colón anota en su diario:

Todas las joyas y piedras preciosas que en Europa reputamos por riquezas, no las estiman en nada, antes las desprecian y no hacen diligencia alguna por retenerlas. (8)

Fray Pedro Simón (*Noticias Historiales*. Biblioteca Banco Popular. Tomo III, página 249), al hablar de los adornos de oro que colgaban en las entradas de las casas y de los santuarios, y que producían ruidos armoniosos al chocar entre sí por la brisa, afirma:

pues aún las chagualas de oro se estaban de día y de noche a las puertas sin que nadie las tocase.

Se comprende, entonces, por qué todos los amerindios cambiaban con suma facilidad sus joyas por baratijas como espejos y sonajeros.

Y en cuanto a que se censura con acerbía a los españoles por destruirles su cultura y por arrebatárles sus creencias religiosas, entrambas las cuales tenían unos usos, costumbres y ritos tan llenos de singular barbarie y salvajismo, que Germán Arciniegas, el celeberrimo cuanto longevo historiador colombiano, no propiamente un amigo de España ni un defensor de la obra civilizadora de la Iglesia y sí un adepto de Vespucio en detrimento de Colón, en su artículo EL MORRAL, publicado en LD del periódico EL TIEMPO de octubre 4 de 1992, afirma:

Dicen que acabaron con la cultura. ¿Cuál cultura? A las doncellas y niñas les sacaban el corazón en vida con cuchillos de obsidiana para ofrecerlo en sacrificio a sus ídolos animales. Si había pirámides, era porque había esclavos. La única cultura que ellos poseían era la agricultura. ¡Prefiero la hostia!

Graham Hancock, en su libro LAS HUELLAS DE LOS DIOSES (Ediciones B S.A., Barcelona, 1998), se aterra de que en Cholula los soldados de Cortés asesinaran a 6.000 aborígenes encerrados en un santuario (página 138), pero no se sorprende al relatar que, como una manifestación de

su cultura, Ahuitzotl, el octavo emperador de la dinastía azteca, sacrificara a 80.000 personas durante la celebración de una dedicación de un templo al dios Huitzilopochtli, ni que durante el imperio azteca murieran anualmente 250.000 con motivo de sacrificios rituales que imponía su religión (páginas 123-124).

En el afán de resaltar sólo las penurias de los indígenas por causa de los españoles, los críticos y analistas modernos olvidan todas las vicisitudes que los conquistadores tuvieron que afrontar, muchas veces con crueles secuelas y con pérdida de la vida, para lograr el objetivo de enriquecimiento, a pesar de que los mismos cronistas españoles coetáneos de esos acontecimientos las narraron con patético realismo. De las lecturas de aquellos, queda la impresión de que conquistadores, frailes y encomenderos, llevaban una vida regalada y libre de preocupaciones, dedicados exclusivamente a la explotación de los aborígenes; de la de estos, se puede concluir que, lejos de vivir en un paraíso, los recién llegados tuvieron que sortear permanentes y duras dificultades de todo orden, muchas veces sin obtener lo perseguido y en las más de ellas debían contentarse con sólo el cambio de domicilio porque la verdad monda y lironda era que aquí, a la inmensa mayoría, no les iba mejor que en la península. Entre esos obstáculos están todas las circunstancias, previsibles o fortuitas, que incidieron en la salud de los invasores.

El presente trabajo es una descripción sucinta de esas circunstancias y vicisitudes que afligieron a los conquistadores y que eran propias de su profesión. No es una relación de sus enfermedades. Por lo tanto, carece del carácter de un ensayo sobre patología. El objetivo principal es de hacer notar que la Conquista fue una profesión que, como cualesquiera otras, ofrecía unos riesgos específicos para la salud de los conquistadores.

Padecimientos propios de la profesión

¿De qué sufrían, enfermaban y morían los Ojedas, Balboas, Corteses, De Sotos, Cabezas de Vaca, Pizarros, Almagros, Aguirres, Quesadas, Mendozas, Gobernadores, Adelantados, Capitanes, frailes, soldados y encomenderos?

Es evidente que, como todos los europeos de entonces, los actores de la Conquista de América sufrían y morían de las enfermedades de la época

ca. Sin embargo, ser Conquistador era desempeñar un oficio de alto riesgo que poseía una patología propia con enormes probabilidades de ser padecida.

Parecería un disparate afirmar que los europeos del siglo XV tiraban piedra. No obstante, hasta en las mentalidades de la población culta y de los científicos venía germinando desde muchos siglos antes un estado de enajenación mental nacido en los mitos y leyendas referentes a la existencia de islas fantásticas localizadas más allá de las Columnas de Hércules, así como en las circunstancias políticas, comerciales y religiosas propias de la Edad Media. La mayoría de las percepciones no eran más que dislates que, sin embargo, obraron como estiletos en aquellas mentes, hicieron posibles los viajes de exploración y tal estado anímico hizo crisis con el descubrimiento del Nuevo Mundo: la primera enfermedad que se presentó entre los Descubridores y Conquistadores, habiéndolo hecho en forma casi epidémica fue

La locura

El Diccionario Enciclopédico de Medicina JIMS dice que el término proviene del portugués *louco* (que ha perdido la razón), y lo define como "de significación imprecisa que se aplica a las diferentes enfermedades que afectan a las facultades mentales".

El proceso se inició en el siglo VIII a. de C. cuando Hesíodo (Los Trabajos y los Días) habla de la IV raza de Hombres a los que llama *HÉROES*, algunos de los cuales, por orden de Zeus, se fueron a vivir en los confines de la Tierra, en la Isla de los Bienaventurados, junto al profundo Océano y lejos de los inmortales (¿Madeira? ¿Canarias?). Solón, que oyó el cuento de unos navegantes egipcios en el siglo VI (a. de C.), y Platón, que lo divulgó en el V, plantearon la existencia de la Atlántida, un grupo de 9 islas circulares y concéntricas localizadas en algún lugar al oeste de las Columnas de Hércules, de las cuales la central era de una riqueza jamás imaginada. El grupo insular estaba gobernado por Poseidón y Clito cuyos hijos, Atlas entre ellos, dieron origen a los pobladores. En su relación, Platón habla claramente de una super-isla ya desaparecida a la que era inútil buscar. Por entonces, el mundo conocido era bastante pequeño como se

aprecia en el *ecúmeno* de Hecateo de Mileto (s. VI a. de C.), un mapa mejorado de otro de su maestro Anaximandro, que muestra la creencia de que la Tierra era plana. En el s. III a. de C., Eratóstenes de Cirene, al demostrar en Alejandría por medios ingeniosos pero absolutamente científicos la probable esfericidad del planeta y sus mayores dimensiones (unos autores dicen que el cálculo fue de 280.000 estadios y otros que de 400.000, sin que hasta hoy se sepa con precisión a qué medida corresponde un estadio), hizo renacer la suposición de que hubiera otras tierra desconocidas y, todavía más, pobladas. Esta suposición fue recogida por Polibio de Megalópolis en el s. II, a. de C. quien, además, habló de habitantes en el Ecuador terrestre, cuando se consideraba que la vida en esa zona era imposible, y por Lucio Anneo Seneca en el s. I d. de C., quien, en su *Medea*, predice que Thule (Islandia) no será la última de las tierras (4):

*Venient annis saecula seris
quibus oceanus vincula rerum
lexet, et ingens pateat tellus,
Tethisque novos detegat orbes,
nec sit terris ultima Thule.*

*Vendrán al fin, con perezoso paso,
los siglos apartados en que el hombre
venza del mar océano las ondas
y encuentre al cabo dilatadas tierras.
Descubrirán otros Tiphis nuevos mundos
y no será más Tule el fin del orbe.*

En la Edad Media se desconocía el fenómeno de la gravitación universal y por ello el argumento que más servía contra la esfericidad terrestre era el de que los antípodas sureños tenían que *caerse*.

Con motivo de la invasión árabe a España, nació la leyenda de un obispo que huyó con su feligresía a una isla llamada *Antilia* localizada en algún lugar del Atlántico, que tenía 7 colinas con sendos palacios de oro, mito que sorprendentemente se correspondía con uno de los *mexicas* según el cual sus antepasados provenían de una región al NE donde había 7 cuevas del mismo metal (5).

Los irlandeses hablaban de la isla *Perdida* de San Brandán, un personaje histórico que, según Honorius Augustodunensis, había sido abad en el s. VI d. de C.; que la isla superaba con mucho “a todos los países en fertilidad y encanto” y que, por no encontrársela cuando se la buscaba, sólo era posible hallarla al azar, razón por la cual recibía el nombre de *Perdida*. (6)

Al-Edrisi, geógrafo hispano-árabe del s. XII, aseguraba que en el océano Atlántico había más de 23.000 islas.

La imaginación también hacía aparecer animales fantásticos en islas y mares que devoraban tripulantes y embarcaciones, y facilitaba la creación de fábulas sobre seres y aguas que poseían el maravilloso don de preservar la salud y mantener la vida. Hesíodo aseguraba que los hombres de la Edad de Oro no padecían enfermedades y ni siquiera la terrible vejez estaba presente, porque se bañaban en fuentes milagrosas, y los hombres de la Edad de Plata eran niños que durante 100 años crecían junto a sus madres y al llegar a la pubertad morían por falta de experiencia. Herodoto afirmaba que los etíopes vivían hasta 120 años debido a que se sumergían en aguas que abrillantaban el cuerpo y lo impregnaban de olor a violetas, y Homero relató que la ninfa *Calipso* le prometió la inmortalidad a Ulises a condición de que el héroe se quedara con ella viviendo en su isla.

Dadas las circunstancias político-religiosas de Europa originadas en la amenaza de invasión musulmana, surgió la leyenda del Preste Juan, al parecer un obispo nestoriano, según la cual él poseía un poderoso reino cristiano en Asia (el Gran Khan de la India) y al que se hacía necesario acudir en demanda de ayuda para impedir la invasión. Por otra parte, el negocio de las especias y las rutas terrestres hacia la India estaban en poder de los musulmanes y se hacía indispensable buscar el extremo oriente, donde aquellas se producían, viajando hacia el oeste, o rodeando África, como lo estaban principiando a hacer los portugueses.

Todo este acervo de avances científicos, de conjeturas, de mitos, de temores y de intereses comerciales, era una insoportable tentación para el espíritu curioso del hombre que cedió ante la comezón de constatar qué de cierto había en todo eso. El estado de tensión anímica llegó a su clímax con el descubrimiento de América, y Europa enloqueció con la confirma-

ción de que la Tierra era redonda, que era de mayor tamaño del imaginado, que había otras zonas pobladas por otras gentes con otras culturas y con riquezas infinitas; que era posible traer especias de oriente yendo a buscarlas por el occidente por donde se podía hacer contacto con el Preste Juan.

De ese estado no se libraron ni científicos ni monarcas. Toscanelli, famoso geógrafo italiano de la época, no sólo asesoró a Colón con sus conocimientos geográficos, sino que le aconsejó visitar la isla *Antilia*, isla de los 7 palacios de oro! Los Reyes Católicos, en la creencia de que en la India había un Gran Khan que podía ser el Preste Juan (así llamado por corrupción lingüística de Khan, cuya real pronunciación es Jan), le entregaron al Almirante unas credenciales redactadas en latín, por ser éste el idioma de las iglesias cristianas y le aconsejaron que llevara unos traductores de latín, árabe y hebreo (!). ¿No estaban locos los europeos?

Un momento... Hay un término castizo que traduce mejor que el de *locura* el estado emocional de los europeos del s. XV porque sólo indica un deseo incontenible de hacer o de buscar algo, no incluye connotaciones sicopáticas y es menos comprometedor: *ichifladura!*

Con el Descubrimiento de América no sólo se refrescaron algunos mitos antiguos, sino que aparecieron nuevos.

Colón, al advertir que no veía sino gentes jóvenes de no más de 30 años, todas desnudas sin sentir vergüenza; que la vegetación era exuberante y de un color verde como el del quinto día de la Creación y donde anidaban múltiples aves de diversidad de colores y trinos, sospechó que por ahí cerquita debía quedar el Paraíso Terrenal. Por semejantes razones, Vespucio aseveró lo mismo.

¿Y por qué no había viejos? Juan Ponce de León, que había acompañado al Almirante en su segundo viaje (1493), oyó decir a los aborígenes de Cuba que al NO de la isla había otra (Boyuca, de las Lucayas) que tenía un río llamado sorprendentemente en su dialecto *Jordán*, en el que caía una fuente cuyas aguas impedían envejecer y morir. Cuando en 1512 descubrió *Florida*, él y sus expedicionarios, convencidos de la veracidad de la conseja, se bañaron en cuantos ríos, arroyos, lagunas, charcos y pantanos

hallaron al paso, no obstante que el cacique Oraoica había ahogado a un tal Salcedo para demostrar el error de semejante disparate!

Pánfilo de Narváez y Álvar Núñez Cabeza de Vaca, en sabiendo luego de las averiguaciones de Ponce, fueron a Florida en 1527 tras la fuente, pero también fracasaron. Sin amilanarse por el fiasco, se dieron a la tarea de buscar el oro de la 7 ciudades de *Antilia*, oro que, según los nativos, se hallaba tierra adentro, en los montes *Apalaches*, adonde, llevados por su locura, fueron a dar.

El Nuevo Mundo también tenía Amazonas. El padre Carvajal, capellán y cronista de Orellana, relata que lo hirieron en una pierna y le averiaron un ojo; que eran tan valientes, que una de ellas hacía por 10 guerreos; que cuando su población disminuía, iban a pueblos de hombres blancos a quienes raptaban para copular con ellos; que las niñas que parían las criaban y que a los varones los mataban y se los enviaban a sus padres en señal de deshonra. ¡Dada su belicosidad, Orellana prudentemente resolvió evitarlas!

Fueron tales las fantasías que despertaba el deseo inmoderado del oro, que conquistadores y clérigos vieron lugares utópicos y provocaron exploraciones inútiles, costosas en vidas y lamentables en resultados. Francisco Vásquez de Coronado fue convencido por fray Marcos de Niza (1538) de que al N de Nueva Galicia había ricos reinos y culturas, y que había visto las 7 ciudades de *Cíbola* y los ricos países de *Quivira* y de *Tusayán*. El Virrey Mendoza, protector de Vásquez, lo envió (1540) a explorar aquellos reinos con fray Marcos como guía. Descubrieron los ríos *Colorado*, *Pecos* y *Grande del Norte* y recorrieron Nuevo México, Kansas, Arizona y Texas. Las 7 ciudades de *Cíbola* y los reinos de *Quivira* y *Tusayán* no eran más que míseros poblados. Luego de sufrir penalidades sin cuento, de practicar la antropofagia por el acoso del hambre, de perder muchos hombres por las asonadas indígenas y de sufrir Vásquez una fractura al caerse de un caballo, regresaron a México donde éste perdió sus títulos y el afecto de Mendoza, y fray Marcos tuvo que huir para escapar de la ira de sus compañeros de expedición.

A la locura vino a sumarse entonces otra manifestación de desajuste síquico. A partir de la primera visión del Almirante y de sus expediciona-

rios de los objetos dorados que los nativos con gran simplicidad portaban en orejas, narices y pechos, apareció con malignas consecuencias.

La fiebre del oro

Después del Descubrimiento, "*la palabra oro es el motor que mueve las carabelas*" (7). La vista de aquellos objetos llevados con displicencia era una perniciosa tentación superior a toda humana resistencia.

¡Pero el oro era esquivo! Cuando el ya elaborado principió a escasear y los aborígenes a sufrir por no entregarlo en las cantidades exigidas, dieron en alejar de su presencia a los españoles con la treta de que las fuentes de ese metal que buscaban con tanto empeño se hallaban más allá, más allá. En esa forma, en las Antillas les decían que se encontraba al sur, en Babeque, probablemente las costas de Tierra Firme, es decir, en lo que hoy son Colombia y Venezuela; en *Florida*, que adentro, en los *Apalaches*; en Brasil y en Guayanas, que al oeste, en las serranías andinas; en la costa pacífica, que al oriente, tras los Andes, o hacia el norte, donde estaba el hombre dorado, según le informó a Belalcázar un aborígen muisca en Quito, leyendas todas que desataron la más frenética búsqueda del metal y del personaje. Con tal de hallar las Fuentes del metal, los conquistadores estaban dispuestos a ir donde fuera y hasta a entregar sus vidas y cobrar las ajenas, en medio de una formidable hipertermia síquica. Nuestros aborígenes podían ser unas mansas ovejas, pero ciertamente no eran ningunos asnos.

¿Cómo se obtenía? Al principio bastaba con pedirlo. Muy pronto las entregas no bastaban a satisfacer la creciente codicia y se recurría entonces a los hechos violentos, a las *cabalgaduras y rancherías*, a los saqueos de tumbas y a la petición de rescates por caciques retenidos. Las Casas relata que Clozopanga, señor inca de Quito, fue quemado vivo por Belalcázar por haberle entregado sólo parte del oro que le exigía.

Posteriormente, cuando se agotó el oro ya elaborado, hubo necesidad de recurrir a la formación de organizaciones para adquirirlo en vetas y aluviones con el empleo de esclavos negros. El oro no sólo era el viento que henchía las velas de los bergantines, sino la razón de ser de los Conquistadores y el sostén del imperio español.

A la fiebre del oro, se sumó otro síntoma que dejó de serlo, para convertirse en una enfermedad crónica:

El hambre

Todos los cronistas de la época (Anglería, Oviedo, Las Casas, Acosta, Herrera, Díaz del Castillo, Sahagún, Cabeza de Vaca, Aguado, Castellanos, Cieza de León, López de Gómara, Simón), destacan este padecimiento y revelan de qué manera lo combatían los españoles. El patetismo de sus reseñas pone de manifiesto que probablemente fue el hambre la que desató la más fenomenal alucinación que se apoderó de la imaginación de los advenedizos.

Sir Walter Raleigh (*Serguata*, o *Guaterrali*, como pronunciaban y escribían hasta los Gobernadores de las distintas regiones de las Antillas (9), descubrió en Guayanas aborígenes sin cabeza que tenían la nariz, las orejas, los ojos y la boca en el pecho; fueron vistos gigantes por él en Curazao, por Magallanes en Patagonia y por los hombres de Pizarro en Perú. Pigafetta, cronista de Magallanes, describe que en las Molucas había aborígenes con orejas tan grandes, que una les servía de colchón y la otra de cobija. En Perú había una tribu de indios que se alimentaban sólo del olor de las flores porque carecían de ano. Las dantas tenían el ombligo en el lomo. En México, los expedicionarios de Cortés descubrieron tribus que dormían bajo el agua. En Perú había pigmeos y aborígenes con cara de lobos. "*Pasan cosas cuando el hambre crece y son tantos los mosquitos*" (10).

Se puede afirmar que TODAS las expediciones españolas, desde Norteamérica hasta Patagonia, tuvieron que soportar los rigores del hambre, por cuya causa rindieron sus vidas cantidades insospechadas de ávidos exploradores. No hay cronista que no relate con crudo realismo los kilómetros de soledad en impenetrables selvas plagadas de toda suerte de letales alimañas; en inaccesibles cumbres donde el frío quemaba como un soplete; en desiertos ilimitados que despertaban terrible sed, y, en fin, en lugares tan inhóspitos en los que, acabadas las provisiones, debía echarse mano de todo lo que fuera susceptible de ser masticado: el cuero de cinturones, rodela, adargas, calzados, rejos y albardas, así como toda suerte de sabandijas por repugnantes que parecieran, yerbas ponzoñosas y alimentos en putrefacción.

No queda lagartija ni culebra,
ni sapo, ni ratón que no se pruebe,
que la hambrienta gana y atrevida
ninguna cosa halla prohibida (11).

Al hablar de insectos, Acosta se refiere a las hormigas culonas y aclara que muy pocos de aquellos iban a parar a las ollas aborígenes o ibéricas, y que, al contrario, "*fueron los insectos los que literalmente se comían a los españoles*" (12).

Fray Pedro Simón (13) narra que, por haberse comido un sapo, enloqueció Juan Duarte, expedicionario de Quesada.

Con el tiempo y con el clima, los alimentos almacenados se descomponían, pero, por las apreturas del hambre, seguían siendo utilizables. Durante su paso por Panamá, Colón registra en su diario:

"Y con los calores y humedad del mar, hasta el bizcocho se había llenado tanto de gusanos que, así Dios me ayude, yo vi muchos que esperaban la noche para comer la mazamorra y no ver los gusanos que tenía; y otros estaban tan acostumbrados a comerlos, que no se cuidaban de quitarlos aunque los vieran porque, si se detenían en esto, perderían la cena".

Pigafetta anota que, al llegar a Guam, el agua pútrida y las galletas gusanadas, "*apestaban a orina de ratón*".

El repentino cambio de la dieta europea por la aborigen, la descomposición de los alimentos conservados y la necesidad de ingerir lo que fuera masticable, debía producir una inevitable intoxicación por salmonellas, clostridios, estafilococos y otros gérmenes, con severos desarreglos digestivos que, al provocar agudos desequilibrios electrolíticos, llevaban a la muerte. Que con esos riesgos haya que comer crudos, o a duras penas asados o cocidos, sapos, lagartijas, ratas y murciélagos, pase; pero, ¿sin manteca para freír y sin sal para el sabor?

Entre los casos más severos de la necesidad de mitigar el hambre, se registra el de un soldado que en Atabapo, yendo por un sendero, halló unas heces humanas resacas que contenían unos 60 granos de maíz sin digerir y, sin demora, con un chamizo los separó, los limpió, los lavó, los cocinó y se los comió, sin más miramientos higiénicos ni repugnancias.

Pero la situación más extrema a la que obligó el hambre, fue la práctica de la antropofagia en literalmente todas las expediciones de conquista. No hay evidencias de hambrunas precolombinas que obligaran a los aborígenes americanos a realizar actos de canibalismo. La antropofagia entre ellos era una manifestación de sus creencias y de sus mitos religiosos y no una de índole gastronómica. Los *pijaos* creían que quien comía carne de un valiente, se volvía valiente, y un insulto ultrajante era decirle a alguien que jamás sería apetecido por cobarde.

Cieza de León relata un excepcional caso de canibalismo por hambre entre aborígenes caucanos que, para obligar a los españoles a buscar el alimento en otra parte para alejarlos así de su territorio, dejaron de sembrar verduras y raíces pero con tan malos resultados, que también fueron presa del hambre y hubieron de recurrir al canibalismo sin haber conseguido lo deseado.

Entre los conquistadores, el canibalismo sí era de origen gastronómico. Fernández de Oviedo lo relata entre los hombres de Juan de la Cosa con los aborígenes de Urabá. Advertido de ello, De la Cosa destruyó los restos humanos guardados en ollas para posteriores hambres. El cronista clama justicia contra los protagonistas de tan inhumano acto, pero infortunadamente quien pagó por ello fue De la Cosa que murió terriblemente martirizado por los indígenas por hacer el amor con unas indias a cuyos padres había matado. "*¡Quizás la Divina Providencia es menos hostil con el canibalismo que con el fornicio!*" (14)

Iñigo de Vascuña, capitán de Alfínger, y su tropa, luego de la muerte del alemán, se vieron obligados a devorar unos indígenas que habían ido a socorrerlos en sus penurias cuando aquellos regresaban a Coro de su expedición por territorios santandereanos.

Aguado comenta que los mismos españoles, acuciados por el hambre, recurrían a la antropofagia con sus compañeros muertos, fuera en combate o por otras causas:

"Hubo hombres que, por conservar sus vidas, procuraban ver y saber si acaso se quedaba algún hombre muerto a cuyo cuerpo acudían y cortaban y tomaban de él lo que les parecía y, aderezándolo al fuego, comían sin

ningún asco ni pavor; y hubo y les sobrevino tiempo en que considerando la canina hambre que entre los españoles había, miraba cada uno por su persona temiendo que el hambre no fuera causa de recibir por manos de sus compañeros la muerte". (15)

Bautista Zapatero, capitán de la expedición de Sedeño al oriente venezolano, hubo de devorar a algunos cuantos compañeros de correría. También hubo canibalismo entre las tropas de Quesada, Cabeza de Vaca, Pizarro, Almagro, Orellana, Ursúa, el tirano Aguirre y otros. Después de días, semanas y meses de correrías por selvas, cordilleras y desiertos, en medio de la más angustiosa soledad, sin saber dónde estaban y con las vituallas agotadas, no es de extrañar que, como le sucedió a la tropa de Quesada en el Carare, los españoles se alegraran cuando divisaban humo en lontananza, porque sabían que donde había humo, había indios, y donde había indios, había comida. Del viaje de Alonso de Herrera a los Llanos, dice Castellanos:

Hallaron luego rastros y señales
que dieron crecidísimo contento,
porque donde hallaban naturales
no podía faltar el alimento. (16)

No menos responsable que la fiebre del oro y que el hambre de los padecimientos y muertes los españoles, fueron los

Naufragios

"Una de las actividades favoritas de los Descubridores y Conquistadores fue naufragar. La historia del Descubrimiento y de la Conquista es una cadena infinita de naufragios. De norte a sur, por el Atlántico y por el Pacífico, no hay una milla de costa sin una buena docena de cascarones de carabelas clavados en un arrecife y en la vecindad de los caníbales". (17)

Los naufragios, que eran accidentes propios de la navegación, cobraron numerosas vidas, aún de los mismos jefes de expedición. Pero no fueron causados sólo por fenómenos naturales (incluidos los incendios de las naves en altamar) sino también por vandalaje y rapiña contra los galeones españoles que regresaban a la metrópoli cargados con ricos botines, por parte de piratas y corsarios enviados por las coronas de Francia, Inglaterra

y Holanda, y por filibusteros y bucaneros mercenarios que actuaban por cuenta propia. Entre los numerosos casos, vale la pena mencionar:

El de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca y Pánfilo de Narváez por una tormenta en las Antillas cuando iban a *Florida* tras la fuente de la eterna juventud, en el que perdieron un navío, 60 soldados, 20 caballos y dos marinos.

El de Pedro Álvarez Cabral cuando, luego de un viaje secreto a Brasil (1500), se dirigió al Cabo de Buena Esperanza y una tormenta le hizo perder 4 navíos, y la vida de Bartolomé Díaz, que lo había anteriormente descubierto.

El de Diego de Ordaz, quien en un viaje a España a defender a Cortés de ciertas acusaciones, hubo de afrontar el ataque del pirata francés

Florinet, con pérdida de varios navíos y hombres.

El de Francisco de Torres, uno de los sobrevivientes del asalto de los guaraníes a las tropas de Díaz de Solís, y en el que, al regresar a España a dar cuenta del suceso, perdió una carabela con sus hombres al zozobrar por una tormenta.

El de Pánfilo de Narváez, quien luego de inútil búsqueda de la isla Antilia y de recorrer los Apalaches, por causas de unas tormentas pereció frente a las costas de Norteamérica con la mayoría de los hombres que le restaban.

El de Juan Vásquez de Coronado, que fue el primer Adelantado de Costa Rica y que pereció en un viaje entre España y Centroamérica.

El de la expedición de Pedro de Mendoza al Río de la Plata, la mayor enviada hasta entonces al Atlántico meridional (14 navíos y 2.500 personas), en la cual, por causa de tormentas, gran parte hubo de quedarse en Brasil.

El desastre de Bartolomé Carreño, cuya tropilla sufrió un incendio de la nao Capitana durante un viaje a Centroamérica que le costó la pérdida de 300 hombres.

A Jerónimo Alderete se le incendió la nao Capitana en un viaje a Chile y perdió 600 hombres.

Disputas por conflictos de intereses

Para el Estado español era muy difícil controlar las actividades y regular los derechos de sus vasallos en el Nuevo Mundo. La lejanía de la Metrópoli, las dificultades de comunicación y la ausencia de autoridades, favorecían la aparición de conflictos de intereses que, en muchas ocasiones, se resolvían con las armas.

La Conquista se convirtió pronto en una empresa de capital privado (conquistadores) y público (la Corona) que se disputaban las ganancias producidas: aquellos, mediante atropellos a los aborígenes, desconocimiento de las leyes, códigos y normas que el gobierno central iba dictando; engaños en los informes sobre ganancias y la práctica del contrabando; y ésta, mediante el control con cédulas reales y códigos, administración de los territorios descubiertos, nombramiento de funcionarios e impuestos. (18)

El contrabando, que apareció como consecuencia de los altos impuestos a los artículos y al comercio, y que era ejercido hasta por altos funcionarios, desató la práctica del soborno y fue culpable de crímenes a granel, pero hizo posible la apertura de nuevas rutas y vías de penetración. Los Conquistadores veían con malos ojos a los encomenderos y colonos a quienes consideraban como advenedizos y aparecidos que, por concesiones gubernamentales posteriores, se convirtieron en latifundistas, razones que provocaron numerosas querellas con su buen número de muertes.

La falta de delimitaciones precisas de los vastos territorios recién descubiertos de cada Capitanía y de cada Gobernación, a menudo era fuente de conflictos por el mando y posesión de áreas mal determinadas, conflictos que terminaban mediante las armas con gran cantidad de muertos. De poca observancia eran las leyes, códigos y normas emanadas de la Corona para regular las actividades de los Conquistadores. En esa forma fue muy elocuente la expresión de Pizarro sobre tales decretos: *¡Se obedece, pero no se cumple!*

En 1513, Pedrarias Dávila, que tenía entonces 73 años de edad, fue nombrado Gobernador de Castilla de Oro (Darién) en reemplazo de Balboa. Tres años después, la Corona le concedió a éste los títulos de Adelantado y Capitán General de las Provincias de la Costa, pero los documentos fueron retenidos por Pedrarias quien, a instancias de fray Juan de Quevedo, primer obispo de Castilla de Oro, los entregó a Balboa con el compromiso de que debía someterse a su jurisdicción y mando y a casarse con una hija él. Sin embargo de haberse cumplido lo pactado, en 1517 y bajo toda clase de pretextos, Pedrarias apresó a Balboa y lo hizo decapitar públicamente en Acla.

Francisco Hernández de Córdoba exploró Nicaragua en 1513 bajo las órdenes de Pedrarias y, temeroso con el proceder de éste con Balboa, vio algún peligro para su propia vida, quiso liberarse del dominio del anciano Gobernador y buscó el amparo de Hernán Cortés. Sabedor de sus intenciones, Pedrarias lo hizo apresar y lo decapitó en 1525.

Cristóbal de Olid recibió de Cortés el encargo de buscar en Honduras un paso entre los dos océanos. En cumplimiento de su misión, Olid fundó el pueblo de Triunfo de la Cruz, pero cometió el error de hacerlo con el visto bueno de Vásquez de Cuéllar, Gobernador de Cuba y enemigo de Cortés, y con la imprudencia de que en el acta de fundación se declaró delegado del Rey y omitió todo crédito al conquistador de México. En represalia, Cortés envió a Cristóbal de las Casas con la orden de castigar a Olid, pero naufragó y fue retenido por éste sin causarle daño. Cortés insistió en el castigo, envió a González Dávila con igual objetivo pero también cayó en poder de Olid. Los dos prisioneros, en un descuido de éste, lo acuchillaron y decapitaron en 1524.

Mientras Diego de Almagro continuaba las acciones de conquista del imperio incaico, Francisco Pizarro fue a España donde obtuvo los títulos de Adelantado, Gobernador y Capitán General de Nueva Castilla. Almagro sintió que tales títulos lo dejaban en estado de subordinación, hizo el reclamo y Pizarro, para calmarlo, le cedió alguna autoridad. Sin embargo y con motivo de considerar después que del reparto del rico botín obtenido de Atahualpa le había correspondido muy poco, volvió a reclamar y Pizarro entonces lo nombró Gobernador de Nueva Toledo, al sur de Perú. Almagro hizo una expedición a la región y en Coquimbo, bajo la creencia de que

Cuzco quedaba bajo la jurisdicción de Nueva Toledo, viajó a esa ciudad donde fue recibido con regocijo por el pueblo y por el Cabildo. Se inició así la guerra civil. Almagro derrotó en Abancay a las tropas de Pizarro, pero es derrotado en Salinas (1538), hecho prisionero y decapitado por orden de Hernando Pizarro. El hijo de Almagro, de igual nombre, habido con una indígena del Darién, sin saber la suerte corrida por su progenitor, es llevado a Lima donde obtiene seguridades de que será bien tratado y recibe de Pizarro atenciones como de padre. Los almagristas proclaman al joven Diego jefe del grupo y, ante esa situación, le quita la vida a Pizarro (1541) y lo reemplaza en el gobierno de Nueva Castilla. Carlos V nombra a Cristóbal Vaca de Castro Gobernador en propiedad y con funciones de *Pacificador* y es recibido en Lima por los pizarristas. Almagro el Joven declara a Cuzco Capital de Nueva Toledo, pero es derrotado en Chupas (1542), hecho prisionero y decapitado por el Gobernador Vaca de Castro. Gonzalo Pizarro, posteriormente, hizo decapitar al primer Virrey de Perú, Blasco Núñez Vela (1544) en Quito, pero es derrotado por el también virrey Pedro La Gasca y muere ejecutado en 1548.

Ortiz Matienza, Capitán de Diego de Ordaz, consideró que éste era el culpable de todos los fracasos de la expedición por el Orinoco y en un viaje a España lo envenenó junto a otros compañeros de aventuras.

Rebeliones

Aún en la misma América, todas las autoridades quedaban muy lejos para aplicar con éxito las leyes, normas, cédulas reales, edictos y códigos que trataban de poner orden en el caos que reinaba entre las gentes y cada quien trataba con las armas de imponer las razones de su personales códigos: los soldados desobedecían a sus Capitanes; los Capitanes, a los Adelantados; estos, a los Gobernadores y los Gobernadores se olvidaban hasta del mismo Rey. Tal parecía que el Nuevo Mundo era el lugar preciso para cumplir el muy recóndito y antiguo deseo de desconocer toda autoridad expresado en el refrán *debajo de mi manto, al rey mato*.

Las rebeliones fueron entonces otra constante en la Conquista de América y por ellas también perdieron sus vidas innumerables hombres. Las más frecuentes eran las originadas en la desesperación de la soldadesca ante el descontento por el paso de los días con sumas penalidades, sin

alcanzar las metas propuestas por el Conquistador. Por el contrario, las angustias se sumaban y las esperanzas disminuían. Desde Colón en adelante, se puede afirmar que no hubo jefe al que sus hombres no le hicieran algún motín, pero las más célebres y severas rebeliones fueron las ocurridas entre los mismos Capitanes, Adelantados y Gobernadores.

Hernán Cortés en rebeldía contra la autoridad de Velásquez de Cuéllar, Gobernador de Cuba, hizo una expedición a México en 1519 donde fundó a Veracruz. Para traerlo al orden, Velásquez envió una tropa al mando de Pánfilo de Narváez pero Cortés logró atraerse los soldados de éste a quien derrotó y quien en la refriega no sólo perdió muchos hombres sino también un ojo.

Lope de Aguirre, *el tirano Aguirre*, que había participado en las guerras civiles de Perú y era prófugo de muchos cabildos que lo solicitaban para enjuiciarlo por pendenciero, amotinador, proxeneta y ladrón, fue sorprendentemente admitido en la expedición de Pedro de Ursúa (autorizada por el Marqués de Cañete, Andrés Hurtado de Mendoza) por el río Marañón en busca de El Dorado que, según los indios brasiles, se hallaba en la región de Omagua, en el oriente de la actual Colombia. Durante la excursión, Ursúa debió sofocar un conato de motín acaudillado por Alonso de Montoya quien, no obstante, pronosticó que, si Ursúa no lo mataba, él sí mataba a Ursúa.

La situación de los expedicionarios se fue haciendo cada vez más crítica por el clima, el hambre, las asonadas indígenas y las enfermedades. Aguirre se erigió en jefe de un nuevo amotinamiento en el que Ursúa murió víctima de 60 estoconazos propinados por *el tirano* y por Montoya, con cumplimiento de su profecía. Lo que sucedió en adelante durante el recorrido por el río Amazonas, hasta la merecida muerte de Aguirre en la isla Margarita, se halla magistralmente relatado por José G. Ángel (10), y es uno de esos dramas imposibles de creer que sean desempeñados por el hombre, así esté poseído por el demonio.

Cuando Nicolás de Federman pasó por el Cabo de la Vela procedente de Coro, el doctor Infante, Gobernador de Santa Marta, envió tropas al mando del Capitán Rubio para obligarlo a devolverse porque se hallaba en tierra ajena. Rubio fue convencido de lo contrario por el alemán, los

soldados de aquél se rebelaron, fueron dominados y ejecutados por sediciosos.

Domingo Martínez de Irala, explorador del río Paraná, enemistó a los soldados de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca contra éste. Durante la rebelión, el Adelantado fue apresado y despojado de todos sus bienes con pérdida de muchos hombres.

Ambrosio Alfínger, odioso a sus hombres por su codicia y malos tratos, no soportó bien las protestas de ellos originadas en los padecimientos por el clima, el hambre, las guazábaras aborígenes a su paso por el Valle de Upar, el Río Grande, el país de los *guanés* y Pamplona, y, al considerar que estaba frente a un motín, ahorcó a unos cuantos por querer armarle rebelión.

Son tantos los ejemplos de rebeliones que se puede afirmar que durante la Conquista no hubo en el Nuevo Mundo un día ni un lugar en los que no se escenificara un acto de rebeldía.

Enfermedades autóctonas

El medio ambiente

Los españoles jamás se las habían visto con selvas tropicales y no sabían de sus misterios y peligros. Para ellos era maravilloso que la luz solar del mediodía jamás llegara al suelo donde la oscuridad era absoluta por la densidad de los gigantescos árboles, y renegaban de las pesadas armaduras que les dificultaban los movimientos en las espesuras o en los riscos y los sofocaban con el calor de los desiertos y de los valles. Cortando malezas aquí y bejucos allá, a duras penas lograban avanzar unos pocos metros por jornada. Entretanto, el calor, la humedad, los bíblicos aguaceros que anegaban los valles formando kilómetros de lodazales, y los mosquitos "que partían la piel a punto de parecer leprosos", humillaban las voluntades y consumían las energías. Y cuando no eran las selvas con sus zancudos, caimanes tigres, ofidios, alacranes, alimañas venenosas, diluvios, ríos y quebradas salidos de madre, eran los páramos desiertos donde el frío impedía caminar "*por la cangrina de los pies*" ¡Qué le hacía: más allá, más allá, estaba el oro!

Fueron los mosquitos los que hicieron que Ponce de León huyera de Guanica, que había fundado; los que, en contubernio con el hambre, hicieron fracasar la expedición de Orellana y Gonzalo Pizarro tras la fabulosa Manoa y el país de la canela, con pérdida de muchos hombres; los que diezmaron cuadrillas enteras que se atrevían con el Darién, con el Amazonas y con el Orinoco. Y fue el frío el encargado de consumir gran parte de los soldados de Almagro durante el paso de los Andes rumbo a Nueva Toledo. Panamá, fundada en 1520 junto a unas lagunas y pantanos, era inhóspita "*por los malos vapores que de ellos salen*" y por los caimanes y los zancudos, razones por las cuales debió ser trasladada a su situación actual.

Las enfermedades les llegaban a los españoles hasta del mismo cielo. Aguado anota:

"La constitución del cielo no les era nada favorable a los nuestros porque dejando aparte los corruptos aires que en la tierra influían y engendraban, causadores de muchas enfermedades y mal humor, caían como aguaceros que por particular influencia del cielo y exhalaciones de la tierra, de las gotas de agua se engendraban en las carnes un género de gusanos extraños, los cuales se criaban en las carnes de los hombres".

Y Bernal Díaz del Castillo:

"Desde tres o cuatro meses que estábamos poblados dio pestilencia de la cual se murieron muchos soldados y además de esto todos los demás adolecíamos y se nos hicieron unas malas llagas en las piernas".

También había arañas coyas, gusanos verdes, ranas venenosas, leishmaniasis, paludismo, tripanosomiasis, parasitismo intestinal, niguas, verruga peruana... Ni los grandes señores estaban exentos de padecer aquellas inclemencias del Nuevo Mundo. Velásquez de Cuéllar en 1524 en Cuba, y Diego Martínez de Irala en 1547 en Asunción, murieron de fiebres malignas; Hernando de Soto, yerno de Pedrarias, murió de paludismo en 1546 en Norteamérica y sus soldados, para evitar que los aborígenes cometieran ultrajes con su cadáver, cortaron un tronco, lo vaciaron, le introdujeron el cuerpo y lo botaron al río Misisipí (19). La fiera que hay en el hombre no impide esta clase de compasiones.

Enfermedades importadas

Está documentado que en Sevilla había antes del Descubrimiento, gripa, viruela, sarampión, paludismo, peste bubónica, tuberculosis, sífilis, conjuntivitis epidémica, disentería, lepra, tiña, sarna, tifo exantemático y fiebre tifoidea (20) En el siglo XVIII todavía se discutía en Europa si la sífilis era originaria de América, como lo creían De Paw y Diderot, o de Europa, discusión que ha mermado pero no concluido (21 y 22).

Colón, en su segundo viaje (1493), trajo unos cerdos de Canarias que propagaron en Centroamérica la *influenza suina* o gripa del cerdo; en su tercero (1498), luego de haber estado en Cabo Verde y salir de allá apresuradamente por muerte de varios de sus hombres, importó la fiebre amarilla. Pánfilo de Narváez, por medio de unos esclavos negros que la padecían, hizo propagar la viruela en Las Antillas y en México en 1518. Fray Pedro Simón (23) relata que esta enfermedad fue traída a la Nueva Granada en 1588 por una negra esclava procedente de Guinea y llevada a Mariquita desde donde originó una epidemia que se extendió por la Nueva Granada, Venezuela, Ecuador, Perú y norte de Chile. En su monumental obra HISTORIA DE LA CULTURA MATERIAL DE LA AMÉRICA EQUI-NOCCIAL (Instituto Caro y Cuervo, Biblioteca Ezequiel Uribechea, Bogotá, 1993, tomo IV), su autor, Víctor Manuel Patiño, rudo crítico de España y de la Iglesia, anota:

Por eso, la dominación española es el repaso de una serie de epidemias que barrieron con la mayoría de la población autóctona.

El subrayado es nuestro porque la frase es de un gran valor conceptual al desmentir, en forma categórica, el falaz infundio del "genocidio" como causante principal de la despoblación aborigen.

Por supuesto, también los españoles sufrían esas enfermedades y morían de ellas. Diego de Salazar, uno de los Capitanes de Ponce de León, espantaba aborígenes en la *Florida* con su sola presencia, tan feroz era, por "*las bubas que le carcomían el cuerpo*" y que eran tratadas con *palosanto* (guayacán).

Cabe añadir que, como resultado del intercambio que necesariamente ocurrió con el "encuentro de las dos culturas", los españoles recurrían a

los métodos terapéuticos de los aborígenes poniéndose en manos de los chamanes para curar sus males y, todavía mejor, en las de brujos y hechiceros para evitar los males de ojo, descubrir adversarios y adivinar la suerte.

Álvar Núñez Cabeza de Vaca, que permaneció varios años retenido por los aborígenes de Florida casi como esclavo, relata que fue obligado a desempeñar el oficio de chamán y, al hablar de la terapia indígena, dice en su relato titulado "Naufragios":

"La manera que ellos tienen de curar es esta: que viéndose enfermos, llaman a un médico y después de curado, no sólo le dan todo lo que poseen, mas entre sus pacientes buscan cosas para darle. Lo que el médico hace es dallas una sajas adonde tienen el dolor y chupallas al rededor de ellas. Dan cauterio de fuego que es tenido por ellos por muy provechoso y yo lo he experimentado y me sucedió bien de ello. Y después de esto, soplan aquel lugar que les duele y con esto creen ellos que se les quita el mal. La manera como nosotros curamos era santiguándolos y soplarlos y rezar un Paternóster y una Avemaría y rogar lo mejor que podíamos a Dios nuestro Señor que les diera salud y espirase (inspirase) en ellos que nos diera algún buen tratamiento".

Por lo demás, Narváez repartía crucifijos entre los indios para que, con sólo mostrárselos a los españoles, conservaran sus vidas. ¡Eso salvó a muchos!

Guazábaras

A pesar de la superioridad militar, de tal forma que diez soldados enfrentaban con éxito el ataque de 50 ó más aborígenes, nada les resultó fácil a los españoles. Principiando porque desde el más humilde expedicionario, hasta el más encopetado Virrey, todos los que venían al Nuevo Mundo tenían que soportar las náuseas y los vómitos provocados por el oleaje marino y por los malos olores de las carabelas que, según fray Tomás de Torres,

"eran unas cárceles estrechas de donde nadie podía huir aunque no lleve grilletes ni cadenas, tan crueles, que no hacen diferencia con nadie, hay demasiado calor, mucho vómito y mala disposición, infinitos piojos, mal olor intolerable en todo el navío". (23)

También los abordajes de piratas y bucaneros, las tempestades, huracanes, maremotos e incendios, los zancudos y calores de los valles, las incomodidades de los champanes en los ríos, la asonadas indígenas, y los ascensos y travesías por páramos y riscos abismales, en un viaje que podía durar meses.

Al principio, los ataques de los aborígenes eran muy simples, carentes de tácticas y de estrategias: se pintarrajeaban la cara y el cuerpo para infundir miedo; armaban gritería para despertar pánico; atacaban con la mayor cantidad de guerreros para obtener superioridad numérica y combatían borrachos de chicha para adquirir valor. Se sabe que sus armas ofensivas eran elementales, aunque algunas de ellas, como los dardos envenenados, eran sumamente efectivas. Por lazos atávicos venidos de ellos, los descendientes actuales conservamos esos métodos para emplearlos en los motines contra las autoridades, aunque con algunas variantes: no nos pintarrajeamos la cara para atemorizar, pero la cubrimos con pasamontañas para esconder la identidad; no nos envalentonamos con chicha sino con bazuco; no usamos dardos ni flechas, pero echamos mano del arma más elemental de todas, la piedra!, ahora acompañada de papas explosivas.

Combatían desnudos con gran desventaja para ellos y, como carecían de armas defensivas, su única protección cuando se veían perdidos, era la velocidad de sus pies.

Con el contacto permanente con las milicias españolas, aprendieron que con pocos guerreros y el factor sorpresa, podían hacer más daños a las tropas; que la mejor hora para las asonadas era durante los aguaceros porque la pólvora mojada hacía inútiles los palos de fuego, y en las madrugadas, cuando el sueño hacía descuidar las guardias. En sus luchas por conservar sus territorios y sus costumbres, más vencidos fueron por las enfermedades epidémicas importadas, que por efecto de los abusos de los encomenderos y de las espadas toledanas de los conquistadores. Fueron muchos, no sólo anónimos soldados y colonos, sino Adelantados y Gobernadores, los que cayeron bajo las acciones valerosas de nuestros aborígenes. Los primeros sacrificados del "encuentro de las dos culturas", fueron los 39 españoles que dejó Colón en Villa Navidad al regresar a España de su primer viaje, entre quienes estaban Diego de Arana, primo

de Beatriz Enríquez, mujer del Almirante, y un sobrino de fray Juan Pérez de Marchena, su protector. (24)

Cuando Jiménez de Quesada llegó a la región de Vélez, hizo un recuento de sus soldados y halló que, de los 1.000 que habían salido con él de Santa Marta, le restaban 176 (25). Pedro de Valdivia, que había luchado contra Almagro en Salinas y luego contra Gonzalo Pizarro, fue muerto en Tucapel por los araucanos cuando trataba de someterlos. Lucas Vásquez de Ayllon, habiendo perdido en *Florida* muchos hombres, murió en Carolina en 1526 a manos de los aborígenes. Ponce de León fue herido con una flecha por los aborígenes floridenses y murió en Cuba en 1521 a consecuencia de ello. Los aztecas, furiosos con Pedro de Alvarado por la muerte de muchos de ellos durante una celebración ritual, atacaron a Cortés en la famosa Noche Triste, le mataron 500 hombres y lo hicieron huir. Almagro perdió un ojo de un flechazo al iniciarse la conquista del imperio inca. Ya sabemos de la terrible muerte de Juan de la Cosa. Los indígenas caribeños de Colombia envenenaban las aguas de los riachuelos, quemaban las sementeras y, luego de las asonadas, huían a la Sierra Nevada. Alonso Luis de Lugo, gobernador de Santa Marta, perdió 80 hombres, 150 caballos y esclavos negros durante una asonada en el Río Grande. Alfínger murió en Chinácota como consecuencia de un flechazo en la garganta, y Pedro de Añasco fue torturado y descuartizado por la Cacica Gaitana.

De las ciudades, Buenos Aires fue incendiada luego de su primera fundación. Santiago de Chile y Cuzco estuvieron a punto de desaparecer y Concepción tuvo que ser abandonada. Con respecto de la Nueva Granada, fray Pedro Simón (25) afirma que Vélez fue la ciudad que más asaltos e incendios soportó por acción de los *yariguíes*, mucho más que Santa Marta por los bondas, Ibagué por los pijaos, Cartago por los pulimaes, Mariquita por los gualíes, Timaná por los paeces y Maracaibo por los zaparas.

Epílogo

El temor a las asonadas persistió hasta algún tiempo después de iniciada la Colonia, a pesar de una población aborígen notablemente disminuida y carente de líderes guerreros, como fue el caso de los *yariguíes* que, una vez muerto Pipatón, su último gran cacique, "*cesaron al punto las guerras*".

"Dicen que ayudados de las unas y otras diligencias y enfermedades que han tenido, son ya muy pocos los que han quedado, así de esta parte del Rio, como del resto de la provincia de Vélez, que han venido a estar quietas si bien no se ha dejado la vela y cuidado de aquel, así del fuerte como de los pasajeros, que solo un indio que haya quedado basta para inquietarlo todo, y aun sola una mujer". (26)

Bibliografía

1. Caro, Miguel A, Prólogo a Elegías de Juan de Castellanos
2. Castellanos de, Juan Elegías de varones ilustres de Indias
Editorial ABC, Bogotá, 1955
3. Acevedo C, Darío Crónicas del Nuevo Mundo
El Colombiano, IX 17-92
4. Ballesteros G., Manuel Cultura y religión de la América prehispanica
Biblioteca de Autores Cristianos
Editorial Católica S.A. Madrid, 1985
5. Estrada, Julián Crónicas del nuevo mundo
El Colombiano, VI-11-92
6. Heming, Richard Grandes enigmas del Universo
Plaza-Janés, 1974
7. Osorio de N., Betty Crónicas del Nuevo Mundo
El Colombiano, V-14-92
8. Pinzón E., Carlos Crónicas del Nuevo Mundo
El Colombiano, VII-23-92
9. Gómez Picón, Rafael El Orinoco, río de la libertad
Banco de la República, 1978
10. Ánjel R., José G. Crónicas del Nuevo Mundo
El Colombiano, IV-30-92
11. Castellanos, Juan de Elegías de varones ilustres
12. Estrada, Julián Crónicas del Nuevo Mundo
El Colombiano, VI-11-92
13. Simón, Pedro Noticias historiales...
Biblioteca Banco Popular, Bogotá, 1981

14. Estrada, Julián Crónicas del Nuevo Mundo
El Colombiano, VI-11-92
15. Pinzón, Carlos Crónicas del Nuevo Mundo
El Colombiano, VII-23-92
16. Castellanos, Juan de Elegías de varones ilustres
17. Estrada, Julián Crónicas del Nuevo Mundo
El Colombiano, VI-11-92
18. Acevedo, Darío Crónicas del Nuevo Mundo
El Colombiano, IX 17 92
19. Enciclopedia Barsa De Soto
20. González, Fernán E. Crónicas del Nuevo Mundo
El Colombiano, X-29-92
21. Melguizo B., Mario Grandes epidemias
El Colombiano, X-12-92
22. Laín Entralgo, Pedro Historia Universal de la Medicina
Salvat. TomoI, pág.17, 1980
23. Del Castillo M., Nicolás La llave de las Indias
Ediciones El Tiempo, 1981
24. Caicedo, Armando Tiempo del Descubrimiento
El Tiempo, Respuesta 3
- 25-26. Simón, Pedro Noticias historiales....